

# PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 11 / Junio 2016

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE AGUASCALIENTES

## DIRECTORIO

Mario Andrade Cervantes

*Rector*

José Luis García Ruvalcaba

*Decano del Centro de las Artes y la Cultura*

Ana Luisa Topete Ceballos

*Jefa del Departamento de Letras*

Ignacio de Jesús Hernández Figueroa

*Director General de Difusión y Vinculación*

Martha Esparza Ramírez

*Jefa del Departamento Editorial*

## PIROCROMO

*Editora:*

Laura Angélica Vallín Muñoz

*Editora adjunta:*

Montserrat González Rodríguez

*Consejo editorial:*

Pilar Alejandra García Ayala

Alberto Sustaita Muñoz

Elsa Nidia Mauricio Balbuena

Guadalupe del Rocío Villalobos

Mayra Patricia Dávila Herrera

Valeria García Torres

Yessica Andrea Esparza Lozano

Yaneli Jaqueline González Velasco

Maritza González Huitrón

Carlos Omar Rodríguez Nieto

*Consejo consultivo:*

Luis Roberto Bolaños Godoy

Mario Antonio Frausto Grande

Ilse Guadalupe Díaz Márquez

Ma. Guadalupe Montoya Soto

*Diseño gráfico:*

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

Contacto

revistapirocromo@gmail.com

www.facebook.com/pirocromo

\*Pirocromo es una publicación universitaria sin fines de lucro. Todas las obras presentadas son propiedad de sus respectivos autores.

Imagen de portada:

Lilia Luján *Underground*.

# Índice

3 Editorial

## DOSSIER: ROCK

Eufonía

4 *Silvia Alejandra Gómora Chávez*

Eso no es de buena educación

6 *Judith Castañeda*

El desrock

14 *Enig Shades*

The Legend of Haim Porter

17 *Rosario G. Towns*

Éxtasis

20 *Claudia Arenas*

Savages: poesía, ruido y amor

22 *Giselle Ruiz*

Presentación del rock al crítico

24 *Ultramar*

Rock 0.01

28 *Francisca Lozano*

The man who sold the world

29 *Aldo Muro S.*

El callejón

34 *Rosario G. Towns*

La musicalidad en la Novela Negra.  
Entrevista con Élmér Mendoza

35 *Consejo Editorial*

El guitarrista

41 *Ultramar*

Gotas en el techo

42 *Elizabeth Leguizamo*

Cuando el rock subió al cielo

45 *Azteca Morena*

Una charla de rock and roll  
en *El hotel de los corazones rotos*

47 *Consejo editorial*

Parada técnica

50 *Cristina Reyes*

Otras creaciones

Testamento de una pasión

56 *Mauricio Polina Cano*

Gregorio Samsa despierta

57 *Mauricio Polina Cano*

Manual para el buen  
funcionamiento del amor que duele

59 *Abraham Chagoya*

# EDITORIAL

La palabra “rock”, que comparte sus raíces germánicas con “ruca”, está relacionada con el verbo “mecer” (moverse en un vaivén). Así pues, el nombre del “*rock and roll*” (mecer y rodar) hacía referencia a la manera en que los jóvenes de los cincuenta bailaban este nuevo género, cuyo sonido y auge darían pie a uno de los fenómenos culturales más grandes de nuestros tiempos. Existe la creencia de que esta palabra proviene de “roca”; sin embargo, el sonido pesado y fuerte con el que comúnmente se identifica al rock, derivó de aquellas melodías pegajosas de Bill Haley y Elvis Presley, quienes por cierto, según algunos críticos, fueron los primeros en grabar canciones de dicho género. En los años posteriores evolucionó, dando lugar a nuevas combinaciones como: el rock metálico, el rock progresivo, el rock psicodélico, entre otros.

En esta ocasión, *Pirocromo* rinde un homenaje a aquellos rockeros icónicos que marcaron la historia de la música occidental con sus canciones, y los revive a través de la palabra. El viaje de una partícula de sonido, desde la guitarra hasta las emisiones radiofónicas; la leyenda de una *Queen* de *Heart* oscuro; versos que buscan desmentir la rudeza del rock; una entrevista con Élmer Mendoza y muchas propuestas más son lo que encontrarás en este número, que marca un nuevo ciclo para la revista. Van once y contando, gracias ti que al leer estas páginas le das sentido a nuestro trabajo.

Laura Vallín

# EUFONÍA

Silvia Alejandra Gómora Chávez  
*Lic. en Letras Hispánicas UAA, 5° semestre*

DOSSIER: ROCK

**L**a pequeña partícula nacida del primer acorde se desplazó hacia arriba por las cuerdas, usando el mástil como soporte para su endeble forma, hasta llegar a los trastes superiores y aprovechar la entrada de la batería para saltar al bajista de la derecha. Con los clamores de la gente escuchando, la partícula eclosionó en una chispa de melodía. La ahora pequeña luz danzó de un instrumento a otro antes



de lanzarse hacia el vocalista, que se acercaba el micrófono a los labios y comenzaba a jugar entre los graves y agudos.

Ahora era un universo de armonía que, en una oleada de frenesí, fue arrojado al equipo de sonido. Convertido en corriente, nadó libremente por las conexiones y llegó a los altavoces y bocinas, donde triunfalmente hizo eco. Se dividió en dos, en cuatro, en ocho y en dieciséis, se precipitó hacia el público y estalló en su propia euforia, con el estruendo de cien voces unidas. Pero quería ir más allá, más lejos...

A los transeúntes que pasan apresuradamente afuera del recinto; a la pareja que a unas cuerdas se acurrucaba abrazada en el auto, mientras escuchaba la radio; a la chica que sola en la oscuridad de su habitación, tenía puestos los auriculares y balanceaba el pie rítmicamente: embelesarlos, llamarlos, atraerlos. Quería llegar a todo el mundo y conquistarlo.

La música se expandió, cruzó las barreras y alcanzó el interior de todos y de todo; los recorrió desde la punta de los pies hasta la nuca y erizó la piel de todo aquél que tocó. Fue cuando sintió el tirón de los últimos acordes y se apresuró a deshacer su camino hasta la pequeña partícula que esperaba por la siguiente canción.



# Eso no es DE BUENA EDUCACIÓN

Judith Castañeda Suari  
*Bibliotecaria en Profética, Casa de la Lectura, Puebla*

DOSSIER: ROCK

Que para una señorita la antigua técnica del canto es lo más adecuado. Es lo mejor, lo correcto. Amoldar voz y respiración a notas agudísimas, tan altas como para perturbar la dureza de un cristal. Ceñirse al recitativo, a las arias interpretadas, en presencia de una monarquía resplandeciente de pieles y joyería, por connotadas sopranos y mezzosopranos. Emular a estas excepcionales mujeres. Estudiar su vida, cada uno de sus pasos, como un complemento a las sesiones junto al piano, a las horas necesarias para hacer de la vocalización no un deber, sino una costumbre; un pozo del cual brote una melodía tan perfecta que sea posible, lógico, compararla con las propiedades de ciertos pozos diseminados en el desierto, de los cuales beben los pueblos nómadas para aliviar su sed.

Perfección de la intérprete, tanto en su instrumento como en su indumentaria. Eso dictan las reglas. La joven deberá preferir los terciopelos color vino, azul índigo o negro; los brocados más discretos; la decencia de un escote no muy pronunciado; y, si así lo desea, adornará su cuello o sus muñecas con diminutos accesorios, un dije, una esclava. De este modo, su figura se asemejará más a la de un lirio, a su fantasmagórica, etérea naturaleza; provocando, al mismo tiempo, que su canto parezca emerger no de la materia vulgar y mortal, sino de algo casi divino, de un espíritu, de un ángel anunciador de bienaventuranzas. Así debe ser, no de otra forma. Y si alguna opinión se aleja de este retrato, bástele pensar en lo disonante del croar de una rana bajo la cúpula donde Dios ofrece la punta de su divino índice al hombre, aliviando así la soledad de aquel ser mortal, de esa creatura nacida de su palma y de su aliento. ¿Posible es imaginar tal? No; una afrenta así no ha presenciado el arte, jamás la debida instrucción de las noveles aspirantes lo ha permitido.

Que en este punto es donde se encuentra la clave para evitar la contaminación de nuestra ortodoxia. En la férrea disciplina, en la rigidez del camino por donde han de transitar las almas. No importa si se trata de la creación artística, de las ciencias teológicas o de la filosofía natural. Tampoco si el campo es el de la alfabetización; de hecho este aspecto es el más importante, pues si ansiamos conservar lo sólido de cada estructura, es necesario comenzar desde la primera infancia de ser posible, porque en esos años tempranos la persona está más dispuesta y absorbe mejor la enseñanza, asimilándola de inmediato a su cotidiano actuar.

Que la cara oculta de dicha educación es lo que debe callarse porque es dañino para nuestro espíritu, porque sabiéndolo, perderían sentido esas huellas dibujadas por un antepasado y marcadas y remarcadas a fuerza de pasos a lo largo de más de cien generaciones. Y eso sería como si las catedrales, de pronto, perdieran hasta el último de sus bloques; como si sus paredes se desvanecieran sin más, en el aire, y las grandes capitales conservaran su fantasma para extrañarlas, para sentir cómo el alfiler de lo ido va clavándose por entero en sus cimientos.

Pero entonces, ¿cuál es la finalidad? Si repetimos lo ya repetido, ¿no vaciamos nuestros propios actos de significado, no plagiamos Doloresas y Flagelaciones con pinceles ajenos?, ¿no cantamos con el canto de las sopranos y los tenores de la antigüedad? Más de uno lo piensa, seguro se lo ha preguntado en soledad, pues nadie se atreve a hacerlo en los centros de instrucción, claro, y tampoco a mentores particulares. Quizás estos intérpretes se hayan soñado con otro cuerpo, la piel blanca si son morenos, rizos rubios si su cabello oscuro tiende a lacio. Y al despertar, habrán tenido la sensación de apartar unas mantas extrañas, de levantarse y mirar otras paredes, o el presentimiento de no encontrar su nombre en el documento de identidad que muestran en las aduanas y cuando tramitan una constancia de no delitos contra el espíritu en la ventanilla correspondiente.

¿Cómo puede remediarse esto? El más seguro de los caminos, dicen, consiste en ignorar las pesadillas y las dudas, en adormecerse y asentir con la cabeza para no levantar sospechas, en asimilar y seguir paso a paso las enseñanzas de los institutos, sea cual sea el perfil de cada uno de ellos; filosofía natural, ciencias teológicas, no importa. Se dice sí y se camina sobre las huellas tantas veces transitadas con el correr de los siglos. Sin embargo, hay otra opción. Una cuya cáscara es idéntica al conformismo y no sirve sino para ocultar un ánima de fuego. Entonces te olvidas de cualquier

ensayo, de si eres soprano o mezzosoprano, entonces gritar sin apegarse a la afinación es el resultado de las técnicas respiratorias.

¿Entonces?

Entonces resta elegir el mejor momento. Cuando te escuchen las principales orejas del país. Cuando tengas una intervención destacada dentro del programa. Cuando los demás aguarden la dulzura de un canto que pide el regreso de la esposa queridísima o añora un barco perdido de vista tres años atrás, barco del cual no hay noticias. A esta ocasión ayudará no sólo el escenario; el entorno deberá ser también el propicio. Y para elegirlo, piensas en el Recital de los Jardines de la Basílica, el de finales de primavera. Ese viernes retiran las mesitas, las sillas, los servicios de té, y colocan asientos de piel, uno junto al otro, hasta cubrir la totalidad del césped. Las bocinas llevan la voz de los intérpretes hasta más allá del enrejado, a las colonias cercanas donde, quienes no pueden costearse un lugar, oyen ese concierto cada año.

Para salir al escenario sin causar tanta extrañeza, puedes cubrirte con una capa negra, índigo o vino, como la etiqueta lo estipula. Debajo, el vestido de encaje blanco y mangas largas, simple, idéntico al de aquella a quien ninguna memoria debería conservar: la bruja calva, la que se atreviera a atentar contra la santísima persona del obispo de Roma rompiendo una fotografía suya en ese mismo recital.

Los instructores del Conservatorio la niegan. Es un mal cuento o una leyenda, dicen, jamás se matriculó, ni en ésta ni en otra de las instituciones dependientes de la Diócesis Estatal. Sin embargo, los alumnos saben de su delgadez, del cortísimo cabello apenas sombreando su cabeza, de lo pálido de sus pómulos y sus rasgos de muñeca. Era hermosa, ha asegurado alguien afuera de los vestidores, en el pasillo. No existió, pero de haber sido como aseguradas, el enemigo luce los más bellos ropajes para seducir, de sobra lo sabemos, ha sido la respuesta, siempre anterior a una expulsión, al citatorio para los padres o tutores del rebelde.

Por miedo a perder una carrera a la mitad o a punto de concluirse, la mayoría ha preferido dejar de creer que una bruja calva asistió hace poco más de un siglo al Conservatorio. Quizá sea en apariencia nada más. Pero hay quienes ni para fingir podrían hacerlo, no cuando en su ático guardan un pliego amarillo, casi ocre y a punto de desmaderarse, donde la bruja levanta la mirada entre dos familiares de casaca gris.

No, habiendo estudiado los párrafos que acompañan a la fotografía hasta memorizarlos, no podría negarse tal existencia. Ella nació, fue



al Conservatorio para aprender piano, historia de la música y composición. Los recitales de los Jardines de la Basílica sirvieron como un marco donde el cristal de su voz rozó más de un oído importante. Cardenales, obispos, altos funcionarios del Tribunal Subalterno. En sus primeras actuaciones la escucharon rogar furiosa cuando el príncipe ignoto resolvió los tres enigmas, y pedirle a su amado la ubicación de sus ejércitos.

Pero esa aparente normalidad debió durar poco. Cualquiera al ver su juventud en la nota del arresto lo sabría, como también sabría, ante la apenas legible caligrafía conservada junto al recorte de periódico, que el par de estrofas del último recital fueron resultado de una larga maduración asida en unas cuantas horas, en el temor de escribir párrafos huecos si pasaba más tiempo.

Ese trozo de papel, dicen, se encontró entre las mantas de una hermana muy pequeña. Sobrevivió por eso, porque los familiares profanarían la imagen de la Virgen y el Niño al registrar a una inocente acurrucada en los brazos de su madre. Porque muy pronto, el escrito pasó de aquellas ropas ralas a un diario marrón, al bolsillo oculto de dos o tres chaquetas viejas, al ático, donde ganó la estatura de reliquia, una profana, hecha no para recibir peregrinaciones sino como consuelo por el luto que significa ignorar la ubicación de una tumba, o de una mazmorra, lo cual es idéntico. Así vieron la nota la madre de la prisionera y aquella hermana, ya mayor, así llegó hasta un sobrino, hasta la niña de ahora, dueña del mismo nombre y los mismos ojos: Bernadette.

Pero al final, esto no es sino un centímetro de verdad diluido en el deseo de enaltecer una memoria, en la densidad de nuestra imaginación. Lo único sólido es, además de la nota informativa, el papel que soporta la letra de la pretendida bruja, la tinta escarlata memorizada porque puede estudiársele en la soledad del ático, en la madrugada, bajo la luz de una linterna de mano, porque más de una noche se ha entonado.

Con esta práctica pareciéramos recurrir a la copia inmemorial, al plagio; si lo pensamos bien, buscamos huellas viejas y caminamos sobre ellas. Pero no, no es así en esta ocasión, no debe serlo. Plagio no, una especie de engaño si se quiere, sincretismo a punto de descascararse y mostrar sus verdaderos rasgos. Considerando esto, no puede haber pesadillas, y Bernadette no soñará que es Bernadette rapada para denunciar, en el recital más importante, un crimen de lesa humanidad cometido por el más alto de nuestros dignatarios. No, Bernadette seguirá subiendo al ático, repitiendo los versos, repitiendo *Un dogma dictado con guante rojo que acrecentará el*

*ejército de Dios, repitiendo los fieles cumplieron con grande arrojo, ni una sospecha sus almas enturbió, estrujando el periódico y la caligrafía con ambas manos. La mirada en la marca roja del calendario, a pocos días de distancia.*

*Luego esa carne escupida al mundo, esos productos del amor, llenaron tugurios de vómito, muy lejos de cualquier sitio arropador, dirá, palpándose los brazos. Y continuará siendo ella, y para confirmarlo repetirá con cada respiración su nombre, «Bernadette», el de la soprano debutante, la castaña, la becada de familia limpia, pues su apellido debió cambiarse luego de iniciado el proceso contra la bruja.*

No hay duda, es la misma persona, o eso podría pensarse, porque el ático, o su silencio, o su contenido, han llenado sus ánimos, legándole el pasaje oculto de los niños nacidos en cumplimiento de un decreto y muertos luego de transfusiones defectuosas, por el hambre y el encierro, en los agujeros donde se les abandonó. Bernadette cree verlos a veces, en el rincón de la ropa sucia, cuando el quinqué del baño comienza a debilitarse. Parecen manchas de humedad, polvo, telarañas, pero son ellos.

La voz de aquella criminal sembró a esos menores no sólo en su propia casa, tan vieja, propensa a los cuentos de horror. Y así se levantan, miran con ojos lastimeros y extienden las manos sin encontrar el regazo a donde y desde donde se les arrojara. Y lloran, lloran mucho, siempre de zsuño, del temor de voltear hacia las vigas y encontrárselos, pues a los fantasmas pequeños les gusta jugar a enredarse en madera de pino o de roble.

Bernadette, la bruja, supo, sin importar cuán jugosas fueran las gratificaciones a los periódicos a fin de silenciarlos, o si las indulgencias concedidas a sus dueños podían limpiar de pecado incluso a hijos, nietos y bisnietos. Para ella no se hizo necesario leer nada porque fue una bebé sobreviviente, dice el mito, o bien porque ayudó a salvar a la hermana que ocultara sus versos entre las mantas. La neblina en el origen del manuscrito ha borroneado también el hecho que cimenta su composición. Pero al final, en vez de verse debilitado por semejante duda, el trozo de papel llegó hecho mármol a unas manos nacidas muchísimo tiempo después.

Aquí, en este palpar los restos ajenos, también se encuentra el miedo a convertirse en otra. Y ese temor se conjura no sólo aferrando los propios brazos o repitiendo «soy Bernadette, soy Bernadette», sino a base de tinta. Bernadette lo sabe y esboza un yo diferente con su mismo nombre. Una creatura, un golem. Así, de operarse la alquimia de las pesadillas, no será ella quien una mañana despierte con la cabeza calva, incomunicada

en el Tribunal Subalterno, a la espera de su traslado al Central. Pues no quiere eso, no quiere, antes de tiempo, visitar el encierro ni transcurrir los días de potro o las noches de la cuna de Judas. Le rompería la voz, atraería sospechas y el director del Conservatorio le impediría cantar el aria de la oriental que espera un barco y luego de ver humo en el horizonte, corre a esconderse a la colina para escuchar cómo su amado la busca.

Escribe entonces, sin reflexionar en la redacción, hasta el cansancio vierte en ese doble su propia biografía y pensamientos, las normas regentes del engranaje de la sociedad desde siempre. De este modo, la copia de tinta y papel ha de colmarse de ese modo, su creadora también se distrae del nerviosismo que atenaza el cuello de una debutante. Y puede imaginar, sin volverse loca, a los nacidos por un mandato del obispo de Roma, desechados a falta de recursos para mantenerlos y causantes de la mala fama de los servicios de salud pública y de las altas cifras en el censo poblacional de hace más de un siglo.

La Bernadette de papel también acabará viendo a esos niños, pues para ser una doble ha de pisar orfanatos tan polvosos que den ganas de llorar. Despojados de cualquier esperanza, tales lugares, tapiados, oscurísimos, la inducirán al vómito y a las lágrimas. Reptarán por su piel hasta volverla una columna de ceniza, ajena como ellos a la luz del sol, a los edificios construidos con cristales, al espectáculo naranja de los tulipanes originarios de los Nuevos Estados Pontificios. Los verá como Bernadette los ve, como los vio la bruja sentenciada en esta confusión de identidades. Y le nacerá una garganta. Y las ganas de gritar, de escupir notas iguales a martillazos que colmarán ese órgano de celulosa tal cual hicieron con su creadora desde la primera vez en el ático.

Mientras, Bernadette piensa en la actuación no pulida de la hermana mayor de su abuela. Breve, carente de acompañamiento. Muchos siglos antes hubo acordes adecuados a interpretaciones de esa calidad, mediocre, ínfima, según los estándares de la ópera. En el Conservatorio los mentores los califican de leyenda. Bajo, guitarra eléctrica, batería, conjunto de platillos dispuestos en semicírculo a fin de golpearse con algún objeto fino, inexistentes todos. Algo tan falso como los *castrati* aparecidos por obra y gracia de la Iglesia primitiva, a causa de la prohibición del eminentísimo San Pablo. Las mujeres debían guardar silencio en los santos recintos y después preguntar a sus esposos en privado, dijo, dicen y niegan a un tiempo en los diferentes colegios dependientes del Conservatorio. Jamás hubo ningún *castrato*, es una manera de manchar nuestra sombra inmaculada.

Sí existieron, pero sus mutilaciones se debieron a una malformación, a un accidente, a un tumor. Entonces nadie sabe si crear la leyenda de nuevo. Un poco de verdad, un mucho de mentira e imaginación, de comentarios en los pasillos, como ocurre con la canción desafinada de la bruja.

¿Ella habrá pensado en esto? Los *castrati*, los instrumentos musicales ajenos al clavecín de la Sinfónica Imperial, a los violines y al arpa, tan vulgares éstos, aquéllos tan etéreos, inexistentes, porque la voz femenina en un hombre no cabe ni en la ortodoxia ni dentro de la naturaleza... ¿En qué pensaría? ¿En una plegaria, en un breve ensayo frente al espejo de cuerpo entero del ático, en las horas previas a su grito?

No son buenas estas consideraciones, nos hacen volvernos al crucifijo, acogernos de todo corazón a la misericordia divina fomentada por el gobierno. Y tampoco es sano regresar una y otra vez a Bernadette. Debería ser como antes, llenar incontables páginas con las directrices que regulan nuestros días y comportamiento. Pero mi escritura corre sin gobierno y los dedos son capaces tan sólo de aferrarse al instrumento de grafito y seguirlo, como si fueran una sombra, meros espectadores de esa vuelta a la bruja calva, a sus palabras mitad soneto mitad verso libre. Debe ser esto a consecuencia del tiempo, de los círculos que muchas veces teje para al fin coincidir en un mismo punto. Debe ser también por Bernadette, la de ahora.

Sería agradable verla como al principio, ensayos y clases de composición y de arpa, repastos hasta noche para no perder su beca. Pero conforme nos acercamos al viernes nueve de diciembre, pasa más tiempo en el ático, de madrugada o a medio día, sube sin tomar en cuenta la presencia de los vecinos o la ronda diaria de familiares. Grita entonces, enronquece la voz; deja atrás a Butterfly para recordar a incontables niños de orfanato, quizás inventados por los opositores durante alguna de las campañas de la época a la gubernatura o a la presidencia. De sobra se sabe cómo actúan los políticos cuando está en juego un puesto de tal envergadura.

Ver a Bernadette inmersa en sus ocupaciones, libre de la inquietud de reprochar algo ya sin remedio, como yo... Así no se le habría metido el alma de la hermana mayor de su abuela, madre de mi esposo. Así podría pensar lo que yo pienso —si hemos de confundir identidades— y considerar la magnitud de los sobornos entregados por sus bisabuelos para evitar la excomunión. Las citas clandestinas con notarios y escribanos a fin de tener pronto una fe de bautismo con nombres nuevos. La mudanza a la capital. Los empleos donde las preguntas fueran pocas. Pero sobre todo, podría sentir mi propia preocupación, la que me lleva

a tejer rosarios inconexos en el reclinatorio para acallar el reclamo de Bernadette, hecho a nadie, vano incluso —o eso creo—, hace tanto que ya nadie recuerda nada, que los partidarios de la versión oficial hicieron de aquello una leyenda negra, un mito, como lo es la bruja calva. Como hoy, al escuchar del olvido y de la comparación con ratas, quisiera que fueran la nota del arresto y la reliquia con su letra, porque así podría haber negado su existencia y Bernadette no estaría en el ático, paso tras paso, acortando la distancia entre ella y la hoguera.



# EL DESROCK

Énig Shades

DOSSIER: ROCK

Pasé por tu casa a robar tu corazón.  
 Me lo llevé, me lo llevé.  
 Pero ahora no sé qué hacer con tanto amor,  
 he pensado en traficarlo en el mercado negro.

(Coro)

¡Oh! Baby, perdóname (x3)

(Verso)

Prometo no volver a hacerme pasar  
 por el electricista cuando haya un apagón,  
 ni por el fontanero para checar la fuga  
 en tu cama de agua,  
 ni ser el mudo del teléfono,  
 ni el que te dé serenata  
 (desde la regadera);  
 porque romántico cualquiera,  
 yo tengo el ritmo en las venas.

(Puente)

Honestamente, mi encanto son las palabras  
 que muchas noches escribí en tu espalda,  
 no sabía que era el amor una trampa maldita,  
 tú ya lo sabías y lo arruiné.

Pasé por tu changarro a robar tu corazón.  
Me lo tatué, me lo tatué.  
Pero ahora no sé qué hacer  
con esas miradas y besos  
tapizados en mi piel.  
Prometo casarme un día,  
pero no será en esta vida.  
Te quiero, no importa lo que diga.  
Cambiar de parecer es de sabios.

(Coro x3)

No seas así  
Baby, perdóname (Bis)

(Música desaparece)

## The antirock

I passed by your house to steal your heart.  
I took it, I took it.  
But now I don't know what to do with so much love,  
I've been thinking of exchange it  
at the black market.

(Chorus)

¡Oh! Bebé, I'm sorry (x3)

(Verse)

I promise not to pretend to be the electrician  
when a blackout happens and not to pretend  
to be the plumber to check the leak in your waterbed.  
And neither to call and hang up the phone  
and not to be that someone

who gives you a serenade  
(while in the shower)  
'cause anyone can be romantic,  
I have the rhythm in my veins.

(Bridge)

Honestly, my charm are the words  
that many nights I wrote on your back,  
I didn't know love was a damn trap,  
you already knew it and I blew it.

(Verse)

I stopped by your work to steal your heart.  
I got inked, I got inked (your heart).  
But now I don't know what to do  
with those gazes and kisses  
covering my skin.  
One day I promise to marry  
but not in this life,  
I love you no matter what I say.  
It's wise to change one's mind.

(Chorus x3)

Don't treat me bad  
Bebé, I'm sorry (Bis)

(Fade out)



# THE *Legend* OF *Haim* AND *PORTER*

Rosario G. Towns  
*Poeta y compositora, Estado de México*

DOSSIER: ROCK

**E**n una costa lejana de Asia, vivía una bellísima y joven Queen de Heart oscuro y fuerte; el pueblo la llamaba Iron Maiden. Le complacía pasear por sus regiones, pero nunca en un Green Day, prefería The Darkness.

Un Black Sabbath dispuesta a un cambio total, ató su capa Deep Purple, se colocó su corona Metallica y salió del palacio galopando en su Crazy Horse. Sus recorridos eran todo un Mystery y no le tenía Fobia a los Scorpions o a la gran White Snake del manglar.

Llegó hasta un Oasis, lo exploró y dio con un legendario Wizard quien quizá podría cumplirle su Nightwish. Éste le pidió a cambio unas cuantas Rolling Stones, muy raras pero necesarias para sus brebajes de Poison con Garbage que ahuyentaban a los Beatles y lo graban que de vez en cuando brotara un Rainbow; eso divertía a sus Enanitos Verdes.

La Sovereign quería conquistar a un Night Ranger de England; su Muse deseaba que derribara The Doors de su alcoba, le diera un mágico Kiss como a Cinderella o a Snow White y la llevara al Nirvana. Estaba cansada de su dureza de Blood y su alma sufría una Quiet Riot por amor.

El viejo, quitando de su hombro a Toto (su fiel Rata Blanca), hizo un Cheap Trick con Red Hot Chili Peppers, pelos de Camel y raspadura de Led Zeppelin. Mezcló perfectamente con unos Styx y lo hirvió con Midnight Oil en su fogón; elevó una plegaria a las Sisters of Mercy y las Seven Witches, y le dio reposo.

La Monarch bebió del copón y tuvo una experiencia muy Sweet, como un tierno Journey entre Evanescence de nubes. Al amanecer, la

despertó el barullo que la cuadrilla de la Police real había hecho buscándola por doquier. Ella se incorporó, salió de la choza y les dijo:

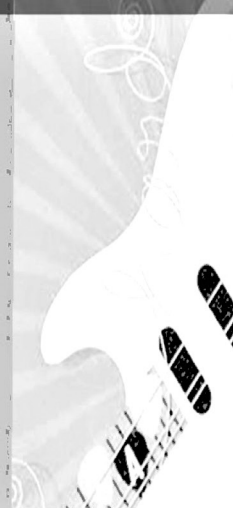
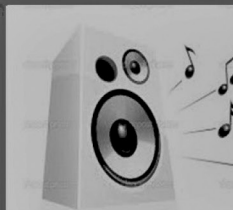
—Rush a conseguir el pago del Magician. No me ha causado la Megadeath, me ha salvado de mí misma. Soy una Survivor.

La tropa obedeció y volvió Afterhours con el pedido. Su alteza, agradecida, lo incluyó en su Testament y retornó al palacio.

La noticia de The Prodigy voló por el mundo; llegó hasta las comarcas de Saxon y el apuesto Lord cruzó a su encuentro. Todo sucedió como ella había anhelado: él, en ropajes Aterciopelados, llegó a su balcón y besó sus labios de Cranberries, sellando su Love.

El pueblo celebraba, se liberó una Flock of Seagulls que Dio hermosos giros sobre la novia y Him. Las nupcias fueron The Wonders y sus Dreams culminaron al tiempo con el Genesis de Four Non Blondes y un gracioso Hound Dog, jugueteando con Amigos Invisibles.

The End



velv



Lilia Luján,  
*Velvet.*

UNDERGROUND



lvet

lvet

# ÉXTASIS

Claudia Dibian Arenas García  
Lic. Letras Hispánicas UAA, 9º semestre

DOSSIER: ROCK

*Cuando me pongo a tocar me olvido de todo.*  
Guillermo Cabrera Infante

**T**reinta para las ocho. Dos horas antes la confusión inicial: vestuario, maquillaje, peinado, equipo de sonido e instrumentos en prueba; prisas y más prisas, y el divagar en los tiempos que evocan un sonido. Las luces fuertes y coloridas envuelven el lugar en una atmósfera nebulosa de éxtasis.

Veinte para las ocho. Las personas empiezan a entrar, cada una con el furor y la adrenalina retenida; todos comienzan a ocupar los mejores lugares para poder disfrutar del espectáculo. Sin ser modesto, debo admitir que cada función ha sido muy concurrida y hoy no es la excepción. Con un simple susurro logro escuchar a las personas desde el escenario, algunas expresando las expectativas de la presentación, otras compartiendo sus actividades del día o los problemas que debieron pasar para estar aquí. Me fascina ver tanta gente, ¡es extraordinario! Sin duda, las redes sociales, las recomendaciones y los volantes han resultado de lo más eficiente para que cada noche sea espectacular.

Diez minutos para las ocho. En cada paso que doy puedo sentir con más fuerza la euforia de los fans al escuchar el bajo, la guitarra o la batería sonar. Mi corazón comienza a acelerarse.

Ocho en punto. Las luces se apagan, subimos al escenario con un poco de trastabille en las estrechas escaleras. El baterista ocupa su posición, los demás tomamos nuestros instrumentos y nos colocamos en nuestro lugar. Cerramos los ojos y agachamos la cabeza. “Uno...” —el conteo de las batutas del baterista—, “uno, dos, tres, cuatro...”, y el bajo comienza a sonar.



Mayra Patricia Dávila, *Sin abandonar la música.*

# *Savages*: POESIA, RUIDO Y AMOR

Giselle Ruiz

Egresada de la Lic. en Ciencias Ambientales, UAA

DOSSIER: ROCK

—Al escuchar la palabra rock, ¿qué es lo primero que viene a tu mente?

Para asegurar que eres un conocedor, mencionarás bandas emblemáticas y por demás escuchadas, tu respuesta será:

—Rock, ¡claro! Pues...

Indudablemente mencionarás bandas como: Metallica, Guns N'Roses, The Rolling Stones, Pink Floyd y una lista interminable de nombres memorizados en automático, al igual que los supuestos *fans* de Cortázar tienen memorizado el título *Rayuela* y nunca falla.

¿Qué implica realmente hacer rock?, ¿existe una cantidad de requisitos que determinen a través de qué actos puede considerarse como tal? Y si existen específicamente, ¿hay excepciones a la regla? Podríamos pensar básicamente en baquetazos poderosos, guitarras al borde del llanto, bajeos extravagantes, una voz capaz de acabar con los tímpanos y, sobre todo, letras con sentido de libertad, irreverencia, dolor y causas perdidas —y no tan perdidas.

Sin embargo, ¿qué sucede cuando cuatro mujeres se reúnen para hacer del *post-punk* y el *noise-rock* un legado de esta generación sin idea de lo que es la música de calidad? *Savages* claramente no suena al rock convencional, pues tiene una fuerza incendiaria que no se encuentra a la vuelta de la esquina en cualquier momento.

La banda aparece en 2011, en un Londres cada vez más socorrido por la pretensión artística. Se conforma por la vocalista Camille “Jehnnny Beth” Berthomier, Gemma Thompson en la guitarra, Ayse Hassan detrás del bajo y Fay Milton en la batería.

Bien, ahora seguro pensarás: —¿Qué tienes para presumirme sobre esta banda? Lo que puedo decir es que Savages, con dos álbumes de estudio en el mercado, un EP y un cortometraje, ha llegado a colocarse en el gusto de todos aquéllos que han creído que el rock se encuentra en el pasado y que la renovación del sonido no es una norma adecuada. Con su primer álbum, demostraron creer en el poder revolucionario de cada una por separado y en su potencia al unirse. Conceptúan la energía como forma de unión, y su colectivo como manera de expresar lo que cada una piensa, dice, hace y siente.

El rock va más allá, hasta el punto de convertirse en religión y forma de vida. Sus predicadores llevan en alto la bandera de la libertad, del grito en búsqueda de una revolución exitosa, del despertar individual y colectivo.

De un disco a otro, Savages dejó de lado el lanzamiento de bombas molotov a la menor provocación para llegar al destrozamiento de sentimientos, catarsis, silencio y continuación por un camino de ira, amor y ligereza.

Con cada una de sus letras, nos demuestran que el alma está conformada por expresiones incontrolables, sentimientos profundos y voces poéticas llenas de luz y a la par sumergidas en un pozo.

Para Savages es primordial la sinceridad, la evocación de sonidos y voces antiguas, los gestos ajenos como los de Nick Cave a veces perceptibles en el rostro de Jehnny Beth, la sensación de urgencia por vivir, narrada a través de la historia de un amor llevado a los extremos. Resultado digno del apasionamiento de la misma Jehnny por la poesía de Minnie Bruce Pratt.

El rock implica vivir bajo nuestras propias leyes, tal como este cuarteto rebelde.

El rock es una forma de aceptar nuestra naturaleza salvaje.

El rock, en una palabra, es la vida, y con Savages se aprende a adorarla.

# Presentación DEL ROCK AL CRÍTICO

Últramár

DOSSIER: ROCK

24

Después de haber escuchado al campesino del árbol seco, a las heridas de la Gran Guerra y al sentimiento de los romances, el viejo crítico de arte, con su cara de libros polvorientos, señaló con sus manos llenas de venas enormes por dónde circulaban las tradiciones artísticas que sostenían al mundo, aquel nuevo artefacto que con su ritmo caótico construido por la batería, la guitarra y las notas de voz altas, prometía hacerle escuchar una composición en constante sinfonía con la del mundo.

—Está bien, voy a escucharte— le dijo con su voz hecha de la fuerza de los siglos.

El artefacto sonó con todo su estruendo, a su alrededor comenzó a bailar las pequeñas abejas del mundo que rodearon al viejo crítico, haciéndole cosquillas, reventándole los tímpanos del oído con tanto sonido. Las abejas dejaron por una vez de utilizar las antenas televisivas que les repetían a cada rato “el mundo es suyo, el mundo es suyo, en nosotras tienen el mundo”, pues ya no las necesitaban, el rock hacía que todos se comunicaran sin importar su lengua. Las abejas iban terminando felices aquel frenético baile, se sentían con vida, aunque agotadas por la energía con que batieron sus alas al escuchar aquel ritmo. El viejo crítico esperó pacientemente a que el artefacto callara. Mientras las últimas abejas le seguían haciendo cosquillas, acarició sus cejas con sus manos enormes queriendo encontrar las palabras.

—Es un artefacto muy bueno. Suena y llega a tocar lo más profundo del ser— dijo, y una sonrisa se esparció por su rostro, —motiva a moverse, como ya se ha visto.

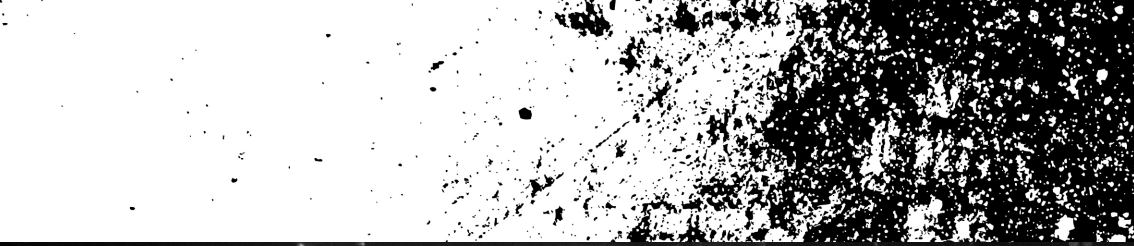
Su mirada adquirió tristeza y sentenció:

—Pero toca donde no debe.



JP Gooner, *Sin título 1.*







Nacho Mancilla, *Sea Within A Sea*.

# ROCK 0.01

Francisca Lozano, Corrales,  
*Lic. en Artes Visuales, Coordinadora del Colegio de Arte y Cultura*

DOSSIER: ROCK

Le debemos el rock al sexo,  
a las drogas y a los vicios más viles.

Por común acuerdo eso decimos  
y fraternalmente escondemos que se lo debemos a la parte más frágil y cursi de nuestras almas,  
a la necesidad de gritar los miedos y desatar melancolías,  
no es más que la lucha cuerpo a cuerpo, entre el cuerpo y el alma incendiada.  
Alma de noches con ojos abiertos y recuerdos en negro de lo que más descamos.

Le debemos el rock a nuestra naturaleza frágil,  
disfrazada de violencia, de negro, de jeringas y veintisiete años  
a la necesidad de reconocer cuánto duele cuando algo duele  
y el dolor de no tener pretexto para sufrir,  
le debemos el rock a la enviciante sensación de sentir,  
de sentir intensamente, cualquier cosa, con marca-textos, con volumen alto y voz desgarrada,  
aunque ésta tan sólo cante la belleza del sol naciente, de un nuevo hijo o de un saco azul.

Alma de noches con ojos abiertos y recuerdos en blanco de lo que más deseamos.

# THE man WHO SOLD THE WORLD

Aldo Barucq Muro S.  
Lic. en Filosofía UAA, 7° semestre

DOSSIER: ROCK

*Yo no puedo darte el corazón, /perdí mi apuesta por el rock and roll  
y es la deuda que tengo que pagar /y ya no tiene sentido abandonar...*

Mauricio Aznar

**E**l hombre que vendió el mundo no era ni de cerca el más rico. Incluso no tenía ni un quinto. Era flaco, nimio y no tenía ni un quinto.

—Pinche pendejo, cómo se te ocurre dejarnos sin mundo. Ahora a dónde iremos a vivir, ¿al cielo? ¡Ni madres!— y entonces su madre lo tundió a golpes.

El hombre que vendió el mundo todavía era joven, estúpido; olía a espíritu de adolescente, a estado de ebriedad y fanatismo. Al inicio era el caos, luego la luz, después el hombre y la estulticia y su religión que clama, lacrimoso, hacia la nada.

Un concierto de rock and roll es la ausencia de la muerte increíble, un hervidero de vida, ingenua, violenta juventud, incapaz de la calma. La sangre no cesa. El escenario es casi siempre el mismo: un grito de lucha en cada canción y sudor, pero revolucionario. El *rockstar* entra en ese estrecho bestiarío del sudor estético, igual que el atleta y que la rubia *pornstar*. El tugurio del rock and roll no es distinto a una turba furiosa buscando la cabeza del dictador o que arda una bruja herética. Sin embargo, “era un gentío más bien artístico”, decían. Su revolución buscaba la estática eterna, la paz del alma, una decadencia.

Cristof Smerdiakov era el vocalista de Los Santos Inocentes. Marcus estaba detrás de la batería y tocaba con la cólera idónea de una bestia felina: *leónida*. En el antebrazo derecho, tatuada e iracunda, tenía

la cabeza de un león sobre el cuerpo de una mujer lagarto. Cuando la baqueta impactaba el platillo, el tatuaje se constreñía como si envejeciera, como si las escamas fueran contagiosas. John Pop, *el fiel*, tocaba la guitarra. El amado amigo del cantante. Ambos, en un farragoso día de cruda, se inventaron una canción universal, una buena y nueva canción que no imaginaba a gente viviendo el ahora, que inventaba un cielo y un llameante infierno debajo de nosotros. ¿Por qué siempre el infierno, ¡oh! diabólico rockero? Hasta donde yo sé, Satanás es más bien una bestia amante del jazz suave y purpúreo. Ni rojo ni *rockstar* —él me habla. Jack Leví tocaba el bajo dando cuerpo a la voz de Cristof: dejad *bump* que *bump* los *bump* espíritus *bump* guerreros *bump* villanos *bump* demonios *bump* adolescentes *bump* se *bump* acerquen *bump* a mí *bump*. (Eso de cuerpo era más bien metafórico, metafísico: “el cuerpo no es musical”, dice John que decía Cristof). Lucas Manzarek: el tecladista, artífice del sucio sonido underground de algunas composiciones de Los Santos Inocentes, como: “Drunk on Cananea” o “Sex with a whore”.

Y luego estaba Cristof Smerdiakov. Hombre barbado, de ojos azules, esbelto, cabello lacio y cualquier demanda del buen gusto occidental.

—¿Por qué tu abdomen está tan marcado si jamás te ejercitas y tragas como cerdo?

—Porque así pintan la hermosura los fans— decía Cristof.

Sus compañeros cuentan que tuvo la idea de formar la banda mientras vagaba muerto de hambre por calles rojo neón-semáforo. Cuarenta minutos le bastaron. Sin un centavo en la bolsa y sólo con un oficio de dibujante de sillas de madera, él hurgaba en la basura de los bares rojos neón-semáforo. Hambriento y sucio, comía todo lo que encontraba, voraz, con enojo, ciego. Perdido, se tragó un hongo alucinógeno que un corredor de bolsa había tirado antes de llegar a casa, matando el cuerpo del delito ante el tribunal marital, el rastro de una noche de juerga. Cristof deliraba, los cláxones de la calle se articularon y fueron rock and roll, de pronto era tan fuerte, tan hombre y tan dios.

—¡Eh, tú, pordiosero! ¿Te encuentras bien? —le preguntaron al verlo arrastrándose por el suelo como peleando, como machacando a puntapiés la cabeza de Caronte.

—¿Qué haces, pordiosero?

—Estoy formando una banda de rock— respondió.

*I look at my watch it say 9:25 and I think: “Oh God I’m still alive”.* Y sigo con vida y sigo en deuda. Hoy es el gran día del concierto, tengo mi boleto,

mi playera: el primer *souvenir* del mundo se hizo con el sudario de Turín. Sirvo mi café. No hay más: el hombre que vende el mundo no es ni de cerca el más rico, incluso es pobre, flaco y de carne. “No sólo de pan vive el hombre, bastaba la palabra del ídolo *rockstar*”, me dijeron. Tomo el periódico. Leo *La Nota Roja*: “Hombre vende el mundo por concierto de rock and roll y entrega a sus hermanos a las más crueles masacres, holocaustos y guerras santas”; “Desastre nuclear en Medio Oriente: buenos contra malos”; “Una anciana siciliana es tomada por bruja y condenada a la hoguera: hizo una receta para pasta boloñesa tan deliciosa que sólo gracias al diablo debió haberla logrado”; “Tonight: Los Santos Inocentes”. Salgo a la calle rumbo al recinto. La gente me reconoce: menudo gasto vender el mundo. Las piedras comienzan a llover.

—Quien esté libre de pecado que... —No termino de hablar cuando una de ellas se estrella en mi ojo derecho. Sangro.

—Nadie está libre de pecado ahora, ¡nadie! ¡Gracias a ti! —gritan. Corro deprisa cubriendo mi herida, las piedras aún me alcanzan.

La música, como la literatura, el teatro o Van Gogh sufriendo su asimetría, es una herida sangrante. *The face in the mirror won't stop*. Quisiera evitarme la ridiculez de que mi relato, mi arte, remitiera a un amor malogrado. *The girl in the window won't drop*. Pero incluso los dioses son estúpidos, incluso ellos tienen entrepierna. *A feast of friends. Alive! She cried*. Ridículo, peor, porque me enamoré de una prostituta; muy de rockeros, muy uniforme, muy barato. *Waitin for me outside!* Una Puta. *Before I sink*. Puta-musa: qué ridículo y común. *Into the big sleep*. Se fue; vuelve, que tengo piedras con tu nombre. *I want to hear*. Pero se fue. *Bump*. Se fue. *Bump*. Se fue. *Bump. I want to hear*. A ella sí le era lícito morir; arder en el caldero que yo puse a hervir para desgracia de los malvados. *The scream of the butterfly*. Yo soy rock and roll. *Come back, baby: back into my arms*. Antes de mí sólo había ruido degollado. Una roca que impacta una cabeza: *crash*; viento que sopla: *fff*; agua que cae: *pst pst pst. We want the world and we want it...* Después de mí vino la música y el verdadero silencio, es decir, cuando me callo. *We want the world and we want it...* A una hora del concierto, reviso mis tablas. *Now?* Yo escribí los diez mandamientos del rock and roll. ¿Dónde? Encuéntralos en mis botas. *Now!*

Uno. La escena demanda un personaje. ¡Créalo! Quizás un saco con lentejuela, maquillaje, esmalte, un micro plumífero, un sombrero de enterrador: crea tu personaje. Llámese Ziggy Stardust, The Passenger o El Aragonés Errante. Dos. *No converse*. Tres. De noche la lentejuela brilla

y el humo fluorescente se puede derramar en tu cabello; toca de noche. Cuatro. Para criticar la racionalidad no se tiene que ser irracional. Cinco. No eres un semidiós, pero tampoco eres un hombre como los demás. Seis. ¡Crea, pequeño demiurgo bastardo! Crea la música, el dolor, la furia adecuada, lo trágico ideal. Siete. Los alucinógenos no siempre son necesarios, el reto es hacer arte desde las pingües capacidades humanas. Ocho. No es necesario agitar la cabellera, maldecir o arrojar el cuerpo hacia el soldado, a veces sólo basta el color negro como acto de protesta. *Paint it black*. Nueve. El diablo no está contigo, no le importas. Hasta donde recuerdo, el infierno es un silencio colosal, único e infinito, para que así no puedas dejar de pensar. ¡Por eso se llama infierno, pendejo! Diez. *God isn't love, love hides in molecular structures, love is the answer*. Yo soy Cristof Smerdiakov.

Así sangran los traidores y yo soy el más pobre de todos ellos. Perdí mi ojo, mi ojo de venado, el mundo. Sangro y soy un traidor. Todo a cambio de una infinitud feliz donde dejara de ser el derrotado. *Cancel my suscription to the resurrection*. El mundo puede valer un concierto de rock and roll. Primera fila. *Backstage*. Guitarra autografiada. El mundo ya no nos pertenece, lo vendí: ahora es un sucio muladar de cerdos, perecedero, mentiroso, pecador. El mundo es del ídolo. Pensé que habías muerto solo, hace mucho, mucho tiempo atrás. Golpéame, mamá, nos dejé sin mundo. Cuélgame. “¿Y eso qué me importa a mí? ¡Eso es cosa tuya! A lo mucho yo puedo sugerirte uno de mis árboles más altos”. ¡Estás cara a cara con el hombre que vendió el mundo!

Cristof salió a la escena vistiendo un pantalón de cuero en negro, botas café lustradas y una pañoleta negra que colgaba de su cuello hacia la derecha (la izquierda es de las bestias). Una cola de unicornio postiza le colgaba detrás. Esmalte rojo. Un rayo azul y rojo le cruzaba la cara. A veces, vestía un chaleco negro con algún monstruo oriental grabado en la espalda; otras, sólo un saco rojo o morado plagado de lentejuela negra. Ese día salió con el torso desnudo: un dragón tatuado le iba desde los pectorales hasta los perfectos oblicuos. Las luces rojas y amarillas hacían de la escena una oda al rock and roll. A medio concierto se arrojó al público, tentado, intercedido por los fans que “lo llevaron en sus manos para que sus pies no tropezaran con piedra alguna”. ¡Ay, ingenuo Paul! Te hizo falta una mejor escena para volverte de veras más famoso que él. Te hicieron falta colores, clavos, botas, la muerte estética que divide la historia en dos. La escena lo es todo, y Cristof se alzó agonizante, derramado en rojo sobre la historia del rock and roll. Yo soy Cristof Smerdiakov.





Lilia Luján, *Collage 2*.

# EL CALLEJÓN

Rosario G. Towns

*Poeta y compositora, Estado de México*

DOSSIER: ROCK

*Sid Vicious*

Amanecí con un beso desgarrado por el alcohol;  
un perro hurga a mi alrededor.

Huyó loca; tacones rotos,  
su faldón triste.

Charcos de rojo y agua repiten el neón  
y dan flote a mis cabellos.

Vendrán ahora los curiosos con sus flashes;  
los policías con cintas para el cerco,  
y sufriré los interrogatorios.

Quedan ya pocas esquinas donde sembrarme con mis cuerdas.

# La musicalidad en la Novela Negra:

## Entrevista con Élmer Mendoza

Consejo Editorial

DOSSIER: ROCK

La música siempre ha jugado un papel importante en nuestra vida, a tal punto que es posible observar su influencia en la literatura actual. En novelas como *El amante de Janis Joplin*, de Élmer Mendoza, *La Reina del sur*, de Arturo Pérez-Reverte, es fácil observar cómo los temas musicales influyen en la creación de las escenas más representativas de las novelas. Ya sea porque se escuche una canción de fondo o porque se haga mención de algún artista, la música permite delimitar la atmósfera en la que se mueven los personajes. Los temas y la técnica cambian, teniendo en cuenta el valor que la música adquiere en nuestro entorno social.

Durante el primer Encuentro de Novela Negra, con sede en Aguascalientes, surgió la inquietud de conocer a fondo qué propone este género y qué representa para los escritores actuales. Por ello, el equipo de *Pirocromo* realizó una entrevista, presentada a continuación, a uno de los representantes más destacados del género en nuestro país: Élmer Mendoza.

Nacido en Culiacán, Sinaloa, el 6 de diciembre de 1949, Élmer Mendoza es un escritor mexicano, representante de la también llamada narcoliteratura. Durante su carrera literaria ha explorado diversos géneros: la dramaturgia, el cuento y la novela. Y es su incursión en este último lo que ha acrecentado su popularidad entre los lectores. Su conocimiento de la vida en el campo y la influencia de la música típica del norte de México, le permiten a Élmer construir un ambiente que se impregna con fuerza en sus obras y se respira a través de sus narraciones.

En *El amante de Janis Joplin* (2001), con un ritmo dinámico y un lenguaje sencillo pero no por eso carente de ironía, Élmer Mendoza nos presenta

la historia de David Valenzuela. En un pueblo mexicano de la zona del triángulo dorado en Sinaloa durante una noche de fiesta, David Valenzuela saca a bailar a la novia de Rogelio, uno de los hermanos Castro, grupo de narcotraficantes de la región. (...)

Pregunta: *¿Reconoce alguna influencia musical en su narrativa?*

Élmer Mendoza: Yo sí le puedo decir que mis lectores dicen que descubren dos fuentes, una que tiene que ver con los corridos y otra con el rock. Yo no lo discutiría. Realmente he escuchado toda mi vida los dos géneros musicales y, seguramente, sí tienen que ver con la idea que tengo de cómo crear un sonido en mi discurso literario.

P: *¿Hay algún escritor que haya influenciado su narrativa para crear un ambiente sonoro, musical? ¿Tal vez Juan Rulfo?*

ÉM: Yo creo que para la música no. Rulfo con lo que tiene que ver es con el lenguaje, con la descripción breve, con la nota. Me han dicho que la mayoría de las novelas nuevas salen con un *soundtrack*, no sé si sea cierto. Lo que sí es que, desde mi novela, *Un asesino solitario*, puse a la música como un juego narrativo. En mi novela *El amante de Janis Joplin* utilicé la música como parte de mi discurso literario, es decir, una novela tiene varias opciones acústicas y, junto con éstas, las opciones temáticas y rítmicas. Por lo que, en esta novela, con conocimiento de causa y con intencionalidad, meto ciertas canciones que pueden ayudar a las escenas que estoy creando, a las atmósferas literarias que estoy proponiendo.

(...) Durante la bailada, a David, considerado como el tonto del pueblo, le sucede una erección; y, al notarlo, el narcotraficante se engancha a golpes con él. En plena pelea, Valenzuela dispara una pedrada certera que lo salva de una muerte segura. Al tener conciencia de que ha asesinado a Rogelio, David comienza a escuchar a su parte reencarnable que lo acompañará a lo largo de la novela. Esta voz le expresa ser el diablo.

P: *¿Existe alguna intención crítica hacia la violencia cotidiana?*

ÉM: No, lo que yo quiero es escribir la mejor literatura de mi tiempo, entonces me quito toda intención que no sea ésa. Pero el miedo nos condiciona a todos y a mí también. Lo que ocurre es que en la violencia aparecen elementos que yo utilizo como parte del poder en la historia. Es un poder estético. Mis lectores dicen que no, que la violencia tiene que ver con la temática. Yo al principio me resistía, pero ahora lo acepto tal

cual, porque el autor puede expresar cosas que no pretende y el lector las descubre.

(...) Para evitar represalias, el padre de Valenzuela, decide enviarlo en una avioneta a Culiacán, con su tío. Ya en casa de sus parientes, la tía le cuenta que su primo *el chato* anda de guerrillero; y los problemas que han tenido por ello. David lo confirma cuando, momentos después, la policía lleva a cabo, sin resultados exitosos, un cateo en busca de *el chato*. Será también en Culiacán donde, gracias a su tío Gregorio, Valenzuela ingresa como pícher al equipo local de béisbol Los tomateros. Valenzuela, junto con el equipo, tiene la oportunidad de viajar a Los Ángeles.

P: *¿Por el tema de la violencia, ha tenido alguna restricción al momento de publicar?*

ÉM: No, no. Nunca. Yo he estado en dos casas editoras, una que es Tusquets, muy respetuosa con las propuestas de los autores; y otra que es Random House, igualmente respetuosos de todos los aspectos de mi trabajo, tanto con temática como con estilo, con todo lo que implican las obras literarias que yo les propongo. Nunca he tenido censura o nada que tenga que ver con la defensa de algo que yo esté planteando. Ha habido mucho respeto.

(...) Para su buena fortuna, el visor de Los Dodgers ve talento en él y le propone un contrato, con la condición de mantenerse sobrio hasta la fecha en que éste se firme. Para su mala suerte, David sale a dar una vuelta y, por azar del destino, es elegido por la extravagante Jannis Joplin para tener su primera relación sexual en el departamento de la estrella.

P: *¿Y fuera de las casas editoras, ha habido alguna inconformidad con lo que publica?*

ÉM: Ah, sí. De pronto hay personas que me piden que escriba otras cosas, primero me dicen que soy muy bueno; entonces, que debería aprovechar esa virtud para escribir de otras cosas que fueran menos hirientes. Siempre me lo piden con tanto respeto que lo llego a pensar, y probablemente algún día escriba alguna novela que tenga que ver con otros asuntos. Sobre todo, me piden que escriba una novela acerca de temas femeninos. No sé realmente, la verdad es que tengo mi proyecto literario hasta que me vaya de este mundo; entonces, no sé si pue-

da complacer a alguien, pero no son restricciones. Al principio, cuando publiqué *Un asesino solitario*, sí había cosas, sobre todo en mi ciudad. Decían que cómo era posible, que los *culichis* no eran así, que los sinaloenses no eran así. No se hagan. Las señoras tienen tanta moral que hasta tienen doble.

(...) David llega tan extasiado al hotel donde se estaba hospedando el equipo, que acepta tener un pequeño festejo, mismo que termina en la gran briaga con *el cholo*, su compañero de equipo y narco principiante, como consecuencia, pierde su oportunidad con Los Dodgers. Así, Valenzuela regresa a Culiacán, llevando siempre consigo la idea de volver a ver a Jannis Joplin. Por este motivo, enfrentará situaciones adversas, chuscas y grotescas, como las aquí narradas, con tal de ver nuevamente a la estrella de Rock.

P: *¿Cómo invitaría a los lectores a esta nueva literatura?*

ÉM: En el ámbito universitario, yo creo que, aparte de la currícula que hay que cumplir, es decir, las lecturas necesarias para las materias, cada estudiante debe tener inquietud y curiosidad por saber qué le gusta y hasta dónde puede llegar. Ahora no tienen la fortuna de un movimiento famoso en el mundo, como me tocó a mí el Boom. Entonces salía un libro de García Márquez y a la fiesta, a la borrachera del viernes, todos lo llevábamos leído. Salía otro e igual, lo comprabas y te esforzabas, porque lo comentábamos mientras bebíamos. Eran parte nuestra y eso no estaba en la currícula, sino que era ser parte del estudiante de literatura, de la sociedad letrada. Creo que ahora no hay una corriente así en América Latina de la que pudieran prenderse. Entonces, lo que les toca es descubrir cuáles son sus tendencias, qué es lo que les gusta. En mis tiempos había la idea de que nosotros, como estudiantes de literatura, teníamos que leer, al menos, cien libros al año, aparte de la currícula. Era una locura, pero lo intentábamos.





JP Gooner, *Guitarrista.*

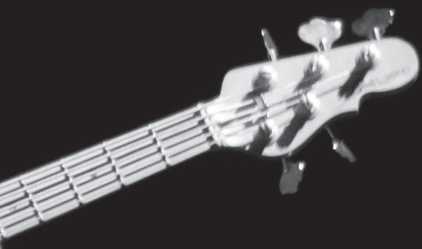




# EL GUITARRISTA

Ultramar

Y una noche, el guitarrista deja de imitar canciones para dar vida a las suyas. Sus dedos rescatan las notas de la prisión de las cuerdas quietas. Toca y toca, y al liberar una nota se sueltan todas. Le canta a la noche, a las estrellas, a la luna. Su melodía es escuchada por todos los rincones, los amantes de la noche le piden que toque. Camina con su estuche en la mano y al pasar debajo de una lámpara su sombra se divide en dos. Ahí uno se queda debajo del escenario. El otro sube y lo alumbra un sol de cinco mil *watts*. Comienza a tocar, hace vibrar a la gente que salta y salta cada vez más alto, como queriendo tocar el cielo. No hay duda, el concierto es un éxito. Poco a poco las luces se apagan, las sombras se funden en una sola. La oscuridad ciega al guitarrista que ya no atina a dar las notas. Empieza nuevamente a imitar las canciones que más ha practicado. Y al alcance de la luz del alba se descubre tocándole a la nada.



# GOTAS en el TECHO

Elizabeth Leguizamó

DOSSIER: ROCK

42

**S**e le había visto entrar antes a La Caverna, pero nunca tan temprano. La expresión de su rostro no sugería la espera; más bien podría decirse, aunque hubiera ocupado una mesa para dos, que había decidido tener una de esas citas en las que una persona suele llevarse a sí misma como única compañía. Ésas en las que, a pequeños sorbos, intenta penetrar en sus entrañas para obligar al espíritu a confesar sus penas.

El mesero le sirvió un trago y, después de colocarlo sobre el tabletero, asintió con la cabeza, luego se retiró. El hombre pasó los dedos por la base de la copa, alzó un poco el rostro y dirigió una mirada a los músicos que apenas comenzaban a afinar los instrumentos.

Afuera, la tarde caía en sombras; los nubarrones oscuros y pesados del sudoeste se acercaban sin prisa; una ráfaga húmeda se colaba por la puerta de la entrada y parecía empujar el tránsito de ausencias en dirección a la escalera. Un viento viejo. Porque los vientos suelen dar la vuelta al mundo y toparse con las mismas caras ya envejecidas, o con los pasillos de bares y callejones gastados por la soledad o el abandono de los caminantes.

En otro tiempo, a esa misma hora, las puertas se abarrotaban de gente; pero hoy fue la excepción, y él lo sabía. Era posible notar en sus ojos el brillo apagado de quien ha esperado lo suficiente. Ese débil centelleo de que buscó algo y preguntó por ello mil veces sin recibir respuesta.

Tomó su copa y la bebió hasta el fondo. Al levantarla, unos anillos dorados relucieron en los dedos de su mano derecha. Sólo él sabía cuántas veces, en lugares distintos y muy lejanos, aquellos anillos ciñeron sus

dedos. Ahora se había fundido y marchitado con ellos, como símbolo de los estragos que hace el tiempo en la piel y en el metal.

El mesero se acercó de pronto y dejó sobre la mesa un cigarrillo que el hombre encendió. El humo del tabaco trajo viejas imágenes a su mente: la gente que se alzaba en un estruendo; una batería y algunos instrumentos de cuerda tocando al unísono; cuatro voces jóvenes echándose el mundo al bolsillo y guardándose también la entrada a los paraísos alucinógenos.

Habían sido buenos tiempos, pero no quedaba ahora sino la existencia marchita de los recuerdos, porque las voces se perdieron como aquel submarino amarillo. El viento las arrastró hacia la costa y se las llevó mar adentro. Fue una especie de renuncia para no ausentarse totalmente, pues de haberlo realizado, hubieran perdido el derecho a ser buscadas. A veces, el océano suele ser un inmenso sepulcro del pasado.

Dio un suspiro y levantó la cabeza como quien clama al cielo por la lluvia. Estuvo ahí muchas veces, había sentido el calor humano vaporizar el espacio y convertirse en agua que goteaba sobre las cabezas sudorosas, todo por la euforia de la multitud. Pero esa tarde vacía, le recordaba más a la última vez que él y sus amigos tocaron en ese bar de Liverpool.

Sin embargo, no era de noche. No era hora de ahogarse en silencio, ni en polvo, ni en las mesas percutidas por el abandono y por las manchas viejas de vino. Pero el ayer, que a partir de cierto tiempo se declara dueño de todo, se llevó también los ecos vagabundos y llenó el recinto de nostalgia, el hombre se percató de ello. Ya no había gotas en el techo que resbalaran por las paredes como en otros días.

Dio la última calada al cigarrillo y pidió otro trago. Iba a tomarlo cuando, a través de una diminuta grieta en el techo, una gota resbaló, le cayó en la frente y se deslizó por el dorso de su nariz hasta caer sobre la mesa. Es muy poco probable que el suceso le hubiera molestado, pero tal vez le recordó la prioridad de alguna diligencia, porque en vez de beber el vino, se quitó de la mano los anillos que llevaba puestos y los dejó caer dentro de la copa. El contacto del metal con el vidrio produjo un débil tintineo que se vio ahogado al momento.

Se puso de pie. Las comisuras de sus labios tenían esa bondad cansada de los que fueron felices a ratos, pero durante toda su vida. Las paredes reaccionaron al eco de sus pasos y se le vio descender por la escalera. Afuera llovía. Los músicos comenzaban a tocar.



*Beatriz Reyes, Guitarra blanca.*

# CUANDO EL ROCK SUBIÓ AL CIELO

Azteca Morena  
Psicóloga, directora de Puerto del Refugio A.C.

DOSSIER: ROCK

*Hollywood en los setenta  
levantó un lamento,  
apagó las luces,  
se ungió de tristeza,  
agitó sus manos  
con pañuelo blanco  
y les dijo adiós.*

45

**A** mis sesenta y un años aún palpo el duelo en mi piel. Estoy sola junto a la chimenea tejiendo un *sweater* a la luz de una vela, se fundió un bulbo y ya no estás para repararlo ni para quitar las hierbas del jardín.

Sin esperar a los sesenta y cuatro, aún con pelo, los Beatles caminan con Jim sobre la calle del amor. Led los invita a subir por las escaleras al cielo, recorren las calles de oro en el Mercedes Benz mientras el niño vudú de Jimmi consuela el llanto del bebé de Janis. Elvis anuncia que han llegado al cielo de esplendor, al dulce hogar, y adorando, canta la grandeza de su poder y su infinito amor.

Hollywood, en los setenta, paró sus relojes, desgajó sus horas, visió de cilicio, se embriagó de luto y bajó el telón.

Y yo, tejiendo fibras de nostalgia junto a la chimenea, construyo aquella casita de campo que cada verano podríamos haber alquilado en la Isla de Wight.



Rodrigo Magaña Aguilar, *Hendrix's space guitar solo.*

# Una CHARLA DE ROCK AND ROLL en *EL HOTEL* *DE LOS CORAZONES ROTOS*

Consejo Editorial

DOSSIER: ROCK

*[...] la verdadera canción crítica o “de protesta”,  
fue el rock, inconscientemente si se quiere,  
ya que se oponía al sistema a través  
de sus propias maneras estéticas [...].*

José Agustín

*E*l *hotel de los corazones rotos*, obra de José Agustín publicada en 1999, es la compilación de textos con un tema principal en común: el rock and roll. En él se habla de los orígenes de este género musical, algunos de sus compositores y figuras importantes, conciertos míticos y la influencia que ha ocasionado desde entonces en México y otros países; centrandó su atención en el desarrollo que tuvo en la década de los sesenta y los setenta, muestra la etapa de aceptación entre la gente mediante una escritura fluida y amena, caracterizada por el uso del lenguaje común entre los adolescentes.

José Agustín Ramírez Gómez, mejor conocido como José Agustín, nació el 19 de agosto de 1944 en Acapulco, Guerrero. Es un periodista, ensayista, narrador, dramaturgo, director y guionista de cine. Estudió Letras Clásicas (en la Universidad Nacional Autónoma de México), Dirección Cinematográfica (en el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, UNAM) y Dramática (en el Instituto Nacional de Bellas Artes y en la Asociación Nacional de Actores, ANDA). Es autor de novelas como: *Ciudades desiertas*, *La panza de Tepozteco*, etc; así mismo, realizó diversas obras de teatro como: *Círculo vicioso*, *Los atardeceres privilegiados de la prepa 6*, entre otras; no dejó de lado los guiones, pues escribió:

*Cinco de chocolate y uno de fresa, Alguien nos quiere matar*, entre muchos otros. Sus obras *La tumba y De perfil*, junto con algunas otras de Gustavo Sáinz y Parménides García Saldaña, han sido nombradas por diversos críticos como la “Literatura de la Onda”, debido al uso de personajes jóvenes de espíritu rebelde de la época de los sesenta, el manejo del lenguaje coloquial y por abordar temas como: el rock, las drogas, el sexo y los conflictos familiares, en la Ciudad de México.

*El hotel de los corazones rotos* es un texto ilustrativo, pues expone el rock tal y como el autor lo percibe, adentrándose con elocuencia al mundo que creó a este género. Se encuentra dividido en cuatro partes. La primera relata un poco del *doo-wop*, el *rhythm* y el *blues*, sus canciones y la forma en que dieron nacimiento al rock and roll. Además presenta a algunos de los primeros artistas importantes de este género, como: Elvis Presley, The Rolling Stones, The Beatles y Janis Joplin. José Agustín habla de sus obras más destacadas, sus trayectorias en la música y su vigencia en la actualidad, sin olvidar relatar el mítico concierto *El circo del rocanrol*.

La segunda sección cuenta otra faceta del género. El lado de la rebeldía y la contracultura, característica de este tipo de música por medio de artistas como Leonard Cohen, Frank Zappa, Ry Cooder, Kurt Weill y principalmente Bob Dylan; describiendo sus grandes aportaciones, tanto en sonido como en filosofía, y la situación en que se encontraban en 1967 y 1968.

JP Gooner, *Sin título*.





La tercera parte del libro se dedica a platicar del rock mexicano. Trae a nuestra mente el legendario concierto de *Avandaro*; comenta el surgimiento de El Tri y de Rockdrigo, su trayectoria musical y la enorme contribución que le dieron al género en el país, en esos momentos de represión por parte del gobierno hacia el pueblo y sus jóvenes. Relata el desarrollo del estilo a lo largo de treinta años.

El último bloque realiza reflexiones acerca de algunos temas (la muerte, el sexo, las drogas, etc.) que circundan esta música, escribiendo oraciones a las mujeres rockeras e historias de canciones. Concluye el libro de manera digna y un tanto humorística.

Esta obra me parece un buen comienzo para aquél que desee conocer la historia del rock, ya que conforme la leemos, nos vamos empapando de canciones, grupos, ideas y reflexiones que lo identifican. Lo más destacable del texto es su escritura, debido a que es una mezcla fluida de lenguaje académico y coloquial, realizado de tal manera que ameniza la lectura, otorgándole el toque perfecto del rocanrolero, por lo que capta la atención del lector al instante. Debo destacar que el texto es de opinión ya que desde el principio se aprecia la imparcialidad y la preferencia del escritor por ciertos temas, bandas y épocas, pues ofrece una gran cantidad de datos informativos. Es un libro interesante porque transmite las emociones y pensamientos del autor por el amadísimo género musical, de una manera digna del espíritu del rock.



# PARADA TÉCNICA

Cristina Reyes

DOSSIER: ROCK

50

Llevamos una hora de retraso. Le dije a Luisa que yo pasaría a recogerla después de la escuela, pero claro, ella nunca ha sabido ser puntual. Cansado de esperarla en el auto, decidí bajarme y entrar por el jardín trasero para darle un susto desde su ventana.

La sorpresa me la llevé yo. Su cuarto era un completo desastre: había pantalones, sostenes y labiales regados por todo el piso. La cama era la base de un gran montículo de ropa que solamente me dejaba ver el peinado de mi amiga.

Abrí la ventana y entré sin preguntar. Al verme, dio un pequeño brinco y después me abrazó. Me le quedé viendo con una mirada reprobatória y ella me contestó con una llena de ternura para evitar que me molestara. No le funcionó.

— ¿Ya viste qué horá es? —le dije sin hacer mucho ruido. — Te dije que estuvieras lista hace una hora y ni siquiera has hecho tu maleta.

—Relájate, ¿sí? — me dijo llevando sus manos a la cadera. No encuentro mis ahorros por ninguna parte.

Desesperado, me acerqué a su closet y de una caja vieja de zapatos saqué el dinero. La presioné para que terminara de empacar y regresé al auto.

Una vez que emprendimos el viaje no hubo vuelta atrás. No estábamos huyendo, simplemente haríamos un recorrido por el país asistiendo a diferentes conciertos.

Eso fue lo que nos empujó a volvernos amigos. Nos conocimos en uno hace mucho (quise ligármela, pero después de un rato me di cuenta

de que no teníamos esa clase de química y fui a buscar a otra chica). Pasado un tiempo volvimos a toparnos en un festival y poco después estuvimos asistiendo a ese tipo de eventos juntos.

Luego de varias horas recorriendo la carretera, mi estómago comenzó a demandar comida de verdad. Antes habíamos parado en un par de tiendas de autoservicio para comprar chatarra, pero ya se había acabado.

Vi el cartel que anunciaba un bar y pensé que era un buen lugar para estirar las piernas y comer algo. Al llegar, no alcancé a apagar el auto antes de que mi mejor amiga bajara corriendo. Seguro iba al tocador. Le dije que no se comprara aquella botella de dos litros de agua, pero no me hizo caso.

El bar era un establecimiento modesto, tendría unas diez mesas, un pequeño escenario, una mesa de billar y la barra. La decoración era sencilla, casi todo de madera y sólo se veía una mesera atendiendo el local.

Ella me pareció preciosa. Estaba acostumbrado a tratar con mujeres atractivas, comenzando por Luisa, quien era prácticamente una diosa; pero había algo misterioso en esa chica que me resultó embriagante. No podía despegar mis ojos de ella.

Era alta y curvilínea, con una melena roja que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Tenía una nariz aguileña pero fina y ojos grises que presagiaban algo que no logré descifrar.

—¿Te puedo ofrecer algo? —me dijo con una voz neutralizada entre lo femenino y lo masculino.

Tardé un poco en reaccionar pero terminé por ordenar un par de cervezas y unas alitas picantes. En el *gafette* que llevaba colgado en su blusa se leía la palabra “Calipso”.

Me pareció un nombre bastante extraño, pero dejé de darle importancia en cuanto ella se dio la vuelta y se marchó. Tenía un trasero increíble. Estaba tan embobado viendo cómo la mesera caminaba, que no me di cuenta cuando Luisa llegó a sentarse junto a mí. Ella sólo chasqueó sus dedos frente a mis ojos para captar mi atención.

—¿Qué nos pediste? —preguntó Luisa mientras veía el menú.

—¿Para ti? Nada. Estás muy gorda —le dije jugando.

Con ese comentario me gané un golpe en el brazo. No me dolió pero fingí que sí para darle gusto a mi amiga. Después de un rato llegó nuevamente la mesera con un par de tarros de cerveza. Uno de clara

para Luisa y uno de oscura para mí. En ese momento intenté sacarle un poco de plática a Calipso, pero no logré hablar demasiado (algo que no suele ocurrirme), de modo que Luisa fue quien comenzó a hablar con ella para ayudarme un poco.

La conversación se interrumpió cuando sonó la alarma en el celular de Calipso y tuvo que ir a revisar cómo iba nuestra comida. No tenían cocinero, ella se encargaba de todo.

Cuando estuvo lista, volvió con las alitas y otro tarro de cerveza oscura para ella. Se sentó con nosotros y se acomodó como si fuera una vieja amiga. De algún modo, cuando superé la etapa de casi no poder hablarle, sentí que podía confiar en ella, ¡y vaya que a mí me cuesta trabajo sentir eso por alguien!, ni siquiera confiaba un cien por ciento en Luisa.

Nos contó que más tarde vendría la banda de su hermano a tocar, se llamaba “Luz sombría”. Sonaba interesante. Dijo que tocaban muy buena música y que valdría la pena que nos quedáramos a ver el espectáculo. Con sólo ver a los ojos a Luisa, supe que estaba de acuerdo; al fin y al cabo, aquel viaje era precisamente para eso.

No pasó mucho tiempo hasta que el hermano de Calipso llegó. Seguro de sí mismo, se acercó a nuestra mesa y le dio un abrazo a su hermana, quien lo presentó como Seth.

Él era mucho más serio que ella y tenía un aire de frialdad, pero se movía con la seguridad de quien se sabe un dios. Cuando la banda estuvo instalada, tomó el bajo y esperó a su turno para empezar a tocar.

Calipso había tenido razón. La banda sí era muy buena y tocaban canciones que nunca había escuchado. El vocalista parecía ser extranjero y de vez en cuando su pronunciación hacía inteligibles algunas palabras, pero en lugar de que eso arruinara la canción, le daba un toque especial.

Volteé a ver a mi amiga y en sus ojos vi esa malicia que precedía a cada una de sus conquistas. Tenía la mirada puesta sobre el bajista. Lo quería y lo iba a tener. Se levantó de la mesa, se acomodó un poco la falda para que se viera un par de centímetros más corta y se acercó al escenario.

Estaba bailando a sabiendas de que todos los ojos se posaban en ella. Le encantaba esa sensación, pero fingió que no lo notaba y continuó moviéndose como si estuviera sola. Su cabello largo se movía con suavidad contrastando con sus caderas. De vez en cuando levantaba sus

brazos y giraba lentamente. Todo estaba calculado y ensayado. Nunca le fallaba.

Aproveché que ella estaba distraída para ganar territorio con Calipso. Sé que soy atractivo y la mitad de las veces eso intimida a las chicas, la otra mitad me ve como un reto, un juego. Ella parecía pertenecer al segundo grupo. No la encontré del todo superficial, pero tampoco era de las que hablan de lo que pasa por su mente. Era misteriosa, divertida y sarcástica. Jugamos durante muy buen rato a acortar la distancia entre nosotros para que después ella se alejara abruptamente. Se burlaba de mí porque sabía que estaba a sus pies, esperando a que me diera luz verde.

Estuvimos así durante todo el tiempo que la banda tocó. Después, los chicos recogieron sus cosas y se fueron. Todos menos Seth. Él y Luisa se metieron al baño de mujeres. Ahora tenía toda la privacidad del mundo. La música que había estado reproduciéndose antes del *show* volvió a sonar, pero la escuchaba lejana. Calipso se acercó a mí y me besó. A partir de ese momento perdí el control de lo que hacía y simplemente me dejé llevar.

No supe en qué momento me había quedado dormido. Me sentía increíblemente bien, hasta que volteé a mí alrededor y no vi a nadie, ni a Calipso, ni a Luisa. Estuve desconcertado durante unos minutos hasta que la primera salió de la cocina con una bolsa de basura en las manos. Me dijo que tenía que dejar el lugar en orden antes de que su jefe llegara. Me tranquilicé y me vestí. Fui al baño de mujeres para ver cómo estaba mi amiga. La encontré dormida sobre la barra de los lavabos. Tenía la blusa tan desacomodada como su cabello. Había tenido una noche divertida.

Le acomodé el tirante del sostén que colgaba por uno de sus brazos, y después solté una pequeña risa. Me lavé la cara para despejarme y en seguida me arreglé el cabello. Normalmente me siento atractivo, pero esa mañana me veía increíblemente bien. Me sentía como si tuviera el mundo en mis manos y nada pudiera detenerme.

De pronto dejé de concentrarme en mí. Caí en la cuenta de que el reflejo de Luisa lucía extraño. La alejé un poco del espejo para poder verlo mejor y me encontré con la imagen más perturbadora que había visto en mi vida. El reflejo era el de ella, pero estaba en estado de putrefacción. Ahí su cuerpo dejaba ver partes del esqueleto, su cabello se había caído a pedazos y la ropa estaba hecha jirones.

Entonces entré en pánico y traté de despertarla. No reaccionaba. Le mojó la cara y aun así no obtuve ninguna respuesta. Su reflejo seguía siendo aquella imagen desagradable. Entonces le di una bofetada con todas mis fuerzas. Nada.

Desesperado, salí del baño en busca de ayuda. Me encontré con un hombre que contaba el dinero de la caja registradora. Tendría unos cuarenta años y era fornido. Me preguntó qué hacía ahí, con un tono poco amigable. Ignoré su hostilidad y le pedí que me ayudara con Luisa.



Entramos al baño y ya no había nada. Me dijo que dejara las drogas y también su establecimiento. No quise hacer caso, insistí en buscarla, pero el señor me echó del lugar.

Cuando salí, mi auto ya no estaba. Me tiré al suelo y lloré durante algún tiempo. Me sentía impotente. No sabía qué hacer, así que elegí una dirección y comencé a caminar mientras trataba de encontrarle algo de sentido a lo que me había ocurrido. Me perdí en el horizonte.



# Testamento DE UNA PASIÓN

Mauricio Polina Cano  
*Egresado de la Lic. en Letras Hispánicas, UAA*

OTRAS CREACIONES

Arbolada de sombras,  
reapariciones de otoños perdidos.  
Arbolada de suicidios dulces,  
arrebato de conciencias.

Arbolada de luces dúctiles.  
Desde el otro reflejo,  
te veo escuálida,  
desfallecida,  
mundana,  
prostituta,  
rosario sangrante.

Arbolada de rostros pétreos,  
sempiternos saludos.  
Arbolada de nubes en el clítoris de la gloria.  
Arbolada de besos arrebatados.

Arbolada de lenguas comunales,  
sexos fluidos en el averno de un ajedrez de piernas sueltas.  
Arbolada de nodrizas avejentadas.  
Arbolada de líquidos seminales en medio de la luna orgásmica,  
pétrea virgen incólume.  
Arbolada luz de pechos enflaquecidos. Tu nombre y el mío están inscritos aquí.



# GREGORIO Samsa DESPIERTA

Mauricio Polina Cano  
Egresado de la Lic. en Letras Hispánicas

OTRAS CREACIONES

Gregorio Samsa despierta y se da cuenta que todo lo vivido tuvo, y siempre tendrá, sentido en el mundo, en el colectivo de la gente, en los argumentos de los libreros, en las conversaciones eruditas de los intelectuales y en los coloquios para dar a conocer nuevas ponencias sobre temas que se creían ya agotados.

Samsa se ve a sí mismo como una nueva versión del mundo moderno. Él sabe que se encuentra entre la racionalidad y la total demencia de la población. Él se cobija con las *Cuatro estaciones* de Vivaldi, se percata de que se encuentra entre los esbozos de Gabriel García Márquez, es cercano a *Antígona*. Él es así: único. Siempre deseó ser diferente y lo logró. Aparece en escenarios dispares y es el tema de conversación. Desde una realidad religiosa hasta una tendencia moralista, es una verdad Gregorio Samsa. Gregori, así le llaman algunos, se infiltró en las hojas más fieles de varios mundos, desde la consonancia de la Edad Media —todos nos hemos sentido a lo largo de la vida entre luces—, hasta llegar a la etapa de los caciques. “Diles que no me maten” y Gregorio desapareció del plano mental y narrativo, sólo sigue existiendo en toda alma que dice ser de verdad.

Está en las estanterías de grandes conceptos freudianos, tan espigado, tan sutil, anatomía que todo lo puede y todo lo logra hacer realidad. Si una vez se dijo que “Dios ha muerto” por las escuelas filosóficas, ahí subyace Gregorio Samsa: el mutismo de una sociedad que todo lo acepta, lo acalla, defiende lo indefendible y enrosca el cuello como tortuga cuando se trata de ayudar al prójimo. Una y otra vez, cual *Mito de Sísifo*, Gregorio Samsa se enfrentó con la racionalidad, la dureza y la cer-

teza de un mundo del otro lado de la verdad. Esfuerzos en vano, pesados enjuiciamientos, dolidas pisadas a un desierto sin sentido.

“No te afanes, alma mía, por una vida inmortal, pero agota el ámbito de lo posible” (Píndaro). Gregorio Samsa fue la razón que dio eternidad a todo pensamiento humano. Sigue delineándose “El ahogado más hermoso del mundo” de G.G. Márquez, ahí, de igual manera, se permea Gregorio Samsa en tópicos de poco entendimiento humano, ante algo diferente que no logra comprenderse, ¿será acaso que el hombre se encuentra cada vez más ensimismado para no dejar ver que, como dijo *El Principito*: “lo esencial es invisible a los ojos”? Gregorio Samsa es y seguirá siendo esencial para el mundo de todos los tiempos, será cumbre importante de admirarse ante tanta apatía, tanta nube de conformismo en la que actualmente el hombre vive, un personaje como Gregorio Samsa del cual siempre se asiste a un nuevo despertar.

“[...] fue la hija quien se levantó primero y estiró su cuerpo joven” (Kafka, *La metamorfosis*).



Beatriz Reyes, *Sin título*.

# Manual para el BUEN FUNCIONAMIENTO DEL AMOR QUE DUELE\*

Abraham Chagoya Saldaña  
Lic. en Música UAA, 7° semestre

OTRAS CREACIONES

## ***Paso No. 1***

Pique papaya fresca para el desayuno.

## ***Paso No. 2***

Tome el revólver del cajón donde habita el ratón de los dientes.

## ***Paso No. 3***

Interprete *Ionización* de Edgar Varèse con un lápiz B6, un cronómetro y la lengua de su profesor favorito (el lápiz podría sustituirse por un violín pequeño o un pavo sin muchas plumas).

## ***Paso No. 4***

Dé un paseo por la plaza principal y vuelva a casa.

## ***Paso No. 5***

Compre una pintura original de Pollock, cuélguela en la sala y contrate a un polaco judío para que la admire. Apunte cualquier comentario dicho por él.

## ***Paso No. 6***

Enamórese de una asiática frondosa y pídale amablemente que lo monte hasta el amanecer... o hasta que el orgasmo de cualquiera se presente.

\*Receta aplicable en humanos de 15 años en adelante.

***Paso No. 7***

Colóquese, sobre la nariz y boca, un trapo humedecido con cloroformo hasta que quede bien dormida.

***Paso No. 8***

Repita el Paso No. 6 sin el enamoramiento y los buenos modales.

***Paso No. 9***

Coloque al revólver una bala y gire con fuerza el tambor.

***Paso No. 10***

Deje fuera el sentimentalismo.

***Paso No. 11***

Coloque el cañón del revólver sobre la frente de la asiática frondosa (tendrá que estar desnuda) y jale el gatillo.

***Paso No. 12***

Si para este paso no se ha ensuciado la cama y la pared, continúe con el siguiente.

***Paso No. 13***

Coloque el revólver sobre su propia frente y jale el gatillo.

***Paso No. 14***

Si para este paso se encuentra consciente, continúe con el siguiente.

***Paso No. 15***

Repita los pasos 11, 12, 13 y 14 hasta que algún muro de la habitación esté impregnado de gotitas rojas y/o hasta perder la conciencia.

Letras chiquitas: los resultados en el proceso del manual anterior pueden variar dependiendo del ciclo menstrual de la asiática y las preferencias sexuales del judío.